

La Comédiathèque

# La cuerda

Jean-Pierre  
Martinez



[comediatheque.net](http://comediatheque.net)

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.  
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,  
se debe obtener la autorización de la SACD :  
[www.sacd.fr](http://www.sacd.fr)**

# **La cuerda**

**Jean-Pierre Martinez**

En un país bajo el yugo de un tirano, mientras la protesta crece y la represión se intensifica, un médico y un sacerdote se enfrentan en torno a la cuestión de si el deber sagrado de sus respectivas funciones prevalece o no sobre el de los ciudadanos que también son ambos. El asunto es nada más que la vida o muerte del dictador y, por lo tanto, la perpetuación de la dictadura o la aceleración de su caída...

## **Personajes**

El médico

El sacerdote

© La Comédiathèque

*El consultorio de un médico militar, dentro del Palacio Presidencial. Nada permite ubicar ni el lugar ni la época, pero, en lo alto del escritorio, el retrato majestuoso de un general en uniforme y adornado con condecoraciones indica que la acción se desarrolla en un país bajo el dominio de un tirano. El médico, con su bata blanca, está sentado detrás de su escritorio. Puede tener cualquier edad, pero esta edad contribuirá evidentemente a la caracterización de su personaje. Saca una imagen médica de un archivo, se levanta y la examina a la luz de una ventana imaginaria situada del lado del público. Suena el teléfono. Regresa a su escritorio, guarda la imagen en el archivo y toma el auricular.*

**Médico** – Sí, sargento... ¿Sí...? Muy bien, hágalo entrar...

*Un sacerdote con sotana negra entra. Puede ser joven o viejo, pero su edad, y su diferencia de edad con el médico, influirá en su personaje y en la relación entre ellos.*

**Sacerdote** – Capitán...

*El médico se levanta para recibirlo.*

**Médico** – Buenos días, Padre... ¿O debería decir teniente? Porque usted también es militar.

**Sacerdote** – Los tiempos de los monjes soldados han pasado. Soy primero el capellán del Palacio. Como usted es ante todo médico, imagino. No tenemos vocación de ser asignados a unidades combatientes, ¿verdad? Nuestra misión es apoyar a nuestros camaradas y ayudarles en caso de necesidad.

**Médico** – Ambos seríamos pésimos combatientes, me temo.

**Sacerdote** – Puedo llamarle Doctor, si prefiere.

**Médico** – Llámeme como quiera, Padre... Mientras no me llame hijo...

**Sacerdote** – Trataré de recordarlo.

**Médico** – De todos modos, gracias por venir tan rápido. De hecho, usted es el primero. Pero por favor, siéntese... ¿Puedo ofrecerle un café?

**Sacerdote** – Gracias, no será necesario. (*Se sienta*) Entonces... es para una vacuna, creo.

**Médico** – No tiene miedo a las agujas, espero...

**Sacerdote** – No... Sin embargo, confieso haber perdido mi carnet de vacunación.

**Médico** – No se preocupe, ninguno de mis pacientes ha sido capaz de mostrarme su carnet de vacunación. Incluso yo mismo no estoy seguro de dónde está el mío...

**Sacerdote** – En ese caso, estoy a su disposición, Doctor.

**Médico** – Todo el mundo en el Palacio pasará por esto, ya sabe... Con todos los virus que están circulando en estos momentos... El General está en plena forma, pero ya no tiene veinte años. Aunque apenas sale del Palacio, hay que protegerlo al máximo de cualquier contagio que pueda venir del exterior. Para eso, hay que vacunar a su entorno inmediato. Y a todas las personas que puedan estar en contacto con él.

**Sacerdote** – Por supuesto. Antiguamente a eso se le llamaba el cordón sanitario, ¿verdad...?

**Médico** – Esperemos que este método sea más efectivo en medicina que en política...

**Sacerdote** – Rezo por el General todos los días, pero soy perfectamente consciente de que la ayuda de la ciencia no debe ser descartada.

**Médico** – Sí... Compartimos la labor, en cierto modo. Como médico personal del General, velo por la salud de su cuerpo. Como su confesor, usted vela por la salvación de su alma.

**Sacerdote** – Y no sé quién tiene la tarea más ardua...

*El médico parece sorprendido por este comentario discretamente subversivo, que lo alienta a confiar.*

**Médico** – De hecho, estamos viviendo tiempos difíciles. Como médico del Palacio, no estoy directamente confrontado a los problemas que mis colegas tienen que enfrentar, pero sé que en estos últimos días los heridos están llegando en masa al hospital.

**Sacerdote** – Las recientes revueltas han causado muchas víctimas. Cuando la medicina ya no puede hacer nada por estos desafortunados, a veces voy a brindarles algo de consuelo antes de que entreguen su alma a Dios.

**Médico** – Las revueltas... o más bien su represión despiadada.

**Sacerdote** – No podemos permitir que se instale el desorden, ¿verdad...? Esperemos que se pueda encontrar una solución pacífica lo antes posible.

**Médico** – La esperanza... Ese es el ámbito de la Iglesia... La calle está más inclinada hacia la exigencia.

**Sacerdote** – Entre la esperanza y la exigencia, tal vez haya lugar para la negociación. ¿No cree en la posibilidad de una transición democrática?

**Médico** – ¿Una transición democrática...? ¿Cuando el líder de la oposición acaba de ser arrestado y arrojado a la cárcel sin siquiera un simulacro de juicio?

**Sacerdote** – No he dicho que apruebe esos métodos...

**Médico** – La represión se intensifica cada día más... Temo sobre todo una guerra civil. Y cuando estalla una guerra, ya no hay lugar para el compromiso. La paz solo puede lograrse entre un perdedor condenado a la rendición y el ganador que dicta sus condiciones.

**Sacerdote** – Si hubiera una guerra, solo habría perdedores... ¿Es usted creyente, Doctor?

**Médico** – Voy a misa en familia los domingos... Por el ambiente... Creo en algunas cosas... Algunos valores...

**Sacerdote** – Es un comienzo...

**Médico** – Me gustaría creer más en su Dios, Padre. Pero en los tiempos que corren, sobran las razones para dudar...

**Sacerdote** – Dicen que la práctica hace al maestro. Y a veces, es rezando que se recupera la Fe... Por eso los ritos son tan importantes en todas las religiones.

**Médico** – Hasta ahora, iba a la iglesia sobre todo para sentirme parte de una comunidad. Pero en nuestro país, los que van a misa se han convertido en una facción, de la cual no estoy seguro de querer seguir formando parte.

**Sacerdote** – La Iglesia ha sido instrumentalizada por el poder en todas las épocas, por desgracia.

**Médico** – Algunos la consideran simplemente un instrumento del poder.

**Sacerdote** – Por eso primero hay que creer en Dios, incluso cuando se desconfía de la Iglesia.

**Médico** – Antes de creer en Dios, creo que hay que creer en el Hombre. ¿Cree usted en el Hombre, Padre?

**Sacerdote** – Creo en la posibilidad de su redención ante Nuestro Señor. Por lo demás, me atengo a la Ley de los hombres.

**Médico** – Ya veo... Dar a César lo que es de César... y lavarse las manos. ¿Incluso cuando César se ha convertido en un tirano?

*El sacerdote parece incómodo.*

**Sacerdote** – Mi vocación es escuchar, Capitán. Y no tengo alma de delator. Sin embargo, le recomiendo prudencia. Estamos en el Palacio, no en un confesionario, y aquí las paredes a veces tienen oídos...

**Médico** – Vamos, Padre... Usted no es un monje. No vive en un monasterio, apartado del mundo. Al no hacer nada, nosotros avalamos, usted lo sabe bien... Usted también tiene una responsabilidad...

**Sacerdote** – Por supuesto... Ninguno de nosotros puede eximirse de sus responsabilidades. Soy solo un hombre, como usted. Los sacerdotes también tienen pecados que confesar, ya sabe...

**Médico** – La confesión de un sacerdote no debe ser tan terrible de escuchar... La vanidad... La gula... La tentación... Escuchar la de un dictador sanguinario, cada domingo antes del oficio... Tener que absolverlo de sus crímenes... Seguramente no sea fácil...

**Sacerdote** – Permítame guardar en este punto el secreto que me impone mi función... Pero tengo la sensación de que es un problema más específico el que le preocupa...

**Médico** – De hecho, no es solo por una vacuna que lo he hecho venir.

**Sacerdote** – Le escucho...

*El médico parece dudar.*

**Médico** – No sé si conoce esta historia. Cuando era niño, Hitler cayó en un río en pleno invierno. Un compañero se lanzó al agua arriesgando su vida para salvarlo. Ese joven héroe se convirtió en sacerdote...

**Sacerdote** – No conocía esa historia... ¿Y qué lección saca usted de ella?

**Médico** – Si ese alma bondadosa hubiera dejado que el joven Adolf se ahogara, el curso de la historia habría sido diferente, ¿verdad?

**Sacerdote** – Probablemente...

**Médico** – Se dice que de un mal a veces puede surgir un bien. Así que también una buena acción puede engendrar una catástrofe.

**Sacerdote** – A veces, sin duda.

**Médico** – De ahí esta pregunta filosófica, que casi podría ser un tema de examen – ¿Realmente es hacer el bien salvar la vida de un tirano que se está ahogando?

**Sacerdote** – Pero en esa historia, solo se trataba de un niño...

**Médico** – Sí...

**Sacerdote** – Un niño cuyo destino no estaba necesariamente sellado.

**Médico** – En efecto...

**Sacerdote** – El destino de ese niño podría haber sido completamente diferente si su vida posterior hubiera sido otra. Si, por ejemplo, no hubiera fallado dos veces en el examen de ingreso a la Academia de Bellas Artes de Viena, quizás se habría convertido en pintor...

**Médico** – Es una posibilidad.

**Sacerdote** – ¿También va a responsabilizar a los examinadores de lo que sucedió después con el Holocausto?

**Médico** – No lo sé...

**Sacerdote** – Al final, el destino de un hombre resulta de una multitud de casualidades sucesivas.

**Médico** – ¿Y si todas esas casualidades no fueran realmente tales? ¿Y si fuéramos solo los pobres efectos de las múltiples causas que nos determinan? ¿Y si todo estuviera ya escrito?

**Sacerdote** – En ese caso, ya estaba escrito que Hitler escaparía del ahogamiento. Y que fallaría en su examen de ingreso a Bellas Artes. Y nadie es responsable de lo que Hitler hizo después. Aparte de él mismo, por supuesto.

**Médico** – ¿Para usted, el determinismo seguiría sujeto al libre albedrío?

**Sacerdote** – Lo que es seguro es que nadie puede prever el futuro con certeza. Como médico, usted salva vidas. Vidas de niños también. Sin saber qué serán esos niños...

**Médico** – Sí, pero si lo supiera... Es solo una hipótesis. Si fuera yo quien viera al joven Adolf ahogarse. Sabiendo lo que llegaría a ser. Un monstruo...

**Sacerdote** – Es una hipótesis absurda, le dije... ¿Y qué? ¿Dejaría que ese niño se ahogara...?

**Médico** – Es la pregunta que me hago... (*El médico se dirige al público*) Que les hago...

*El sacerdote se queda paralizado, como si el tiempo se detuviera, y un cambio de luz indica que esta dirección al público, que rompe la cuarta pared, es como un paréntesis en el desarrollo del espectáculo.*

**Médico** – Imaginen... Caminan junto a un río y ven a un niño ahogándose. Saben que ese niño es Adolf Hitler. ¿Le extienden una cuerda para sacarlo de ahí o no...? Ni siquiera se trata de arriesgar su vida lanzándose al agua. Y al contrario, pueden perfectamente fingir que no lo han visto. No tienen que elegir entre el heroísmo y la omisión de socorro, solo tienen que tomar una decisión. Él les pide ayuda. ¿Qué hacen? ¿Lo salvan o lo dejan morir? No es fácil responder a esta pregunta, ¿verdad?

*Un momento.*

**Médico** – ¿Quién le ofrece una cuerda? Levanten la mano... (*Tiempo para que el público levante la mano o no*) ¿Quién mira hacia otro lado y sigue su camino? Levanten la mano (*Tiempo para que el público levante la mano o no*) De acuerdo... Y ahora... si no fuera el joven Hitler, sino un político que podría convertirse en un tirano si fuera elegido. No sé, alguien como ustedes saben quién... ¿Le ofrecen una cuerda para salvarlo o no...? No es fácil, ¿verdad? ¿Hay una única respuesta basada en la moral a esta pregunta, o se debe analizar caso por caso? Y entonces, ¿dónde está el límite? ¿Según qué criterios se salva a uno y se deja morir al otro?

*Regresamos a la luz y a la situación anterior, como si este aparte nunca hubiera ocurrido. Y continuamos la acción donde la dejamos.*

**Sacerdote** – Siento que su cuestionamiento no es solo teórico.

**Médico** – Necesito un consejo, de hecho. Pero como dijo, no estamos en un confesionario...

**Sacerdote** – Si así lo desea, puedo escucharle en confesión.

**Médico** – Y entonces, no podría revelarle a nadie lo que le dijera...?

**Sacerdote** – Es el principio del secreto de la confesión, en efecto. Como el del secreto médico.

**Médico** – Perdón, pero... en los tiempos que corren, no me veo esperando mi turno para confesarme

**Sacerdote** – Un sacerdote puede escuchar una confesión en cualquier lugar.

**Médico** – ¿Aquí? ¿Y ahora?

**Sacerdote** – Como capellán de este Palacio, estoy a su disposición.

**Médico** – Muy bien, entonces quiero confesarme, Padre...

*El sacerdote pasa de la postura de conversación a la de confesión, mientras se persigna.*

**Sacerdote** – Juntos, recemos para que Dios nos dé la gracia de reconocer nuestros pecados.

**Médico** – Amén...

**Sacerdote** – Le escucho, hijo mío.

**Médico** – Tengo un dilema moral que someterle, Padre.

**Sacerdote** – Haré lo posible por iluminarle. Según los principios de Nuestro Señor.

**Médico** – Examiné al General hace unas semanas. Un examen de rutina. Y detecté en él una anomalía cardíaca... que luego fue confirmada por otros exámenes.

**Sacerdote** – ¿Una anomalía...?

**Médico** – Un aneurisma de la aorta abdominal, para ser más precisos... Sí, incluso los dictadores tienen corazón, ya sabe...

**Sacerdote** – Es lamentable, en efecto... ¿Y es grave, imagino...?

**Médico** – Sí.

**Sacerdote** – Pero puede tratarse.

**Médico** – Con cirugía y un tratamiento adecuado, sí. Si se detecta a tiempo.

**Sacerdote** – Entonces, ¿en qué consiste el dilema para usted?

**Médico** – Si informo esta anomalía a uno de mis colegas, el General será tratado y seguirá viviendo durante años...

**Sacerdote** – ¿Y...?

**Médico** – Si no lo informo, morirá en las próximas semanas. Tal vez mañana. Y probablemente la dictadura no sobreviva sin él...

*El sacerdote permanece en silencio por un momento.*

**Sacerdote** – No está pensando seriamente en eso, ¿Verdad?



**Médico** – Es una oportunidad única de cambiar el curso de la historia, ¿no es así? De derrocar este régimen salvando la vida de los opositores que cada día son fusilados en los patios de las prisiones. O que caen bajo las balas de la policía mientras protestan en las calles. Usted mencionaba antes la posibilidad de una transición democrática...

**Sacerdote** – ¿Condenando a muerte a uno de sus pacientes que ha confiado su vida en sus manos?

**Médico** – Para salvar a muchos otros, sí. ¿Por qué no considerarlo un acto de resistencia?

**Sacerdote** – ¡Porque antes que ciudadano comprometido, usted es médico! ¡Está vinculado por el Juramento Hipocrático!

**Médico** (*citando el juramento hipocrático*) – Nunca provocaré la muerte intencionadamente. Primum non nocere...

**Sacerdote** – Primero, no hacer daño...

**Médico** – Por eso mismo hablé de un dilema moral... Hoy, debo arbitrar entre dos mandatos contradictorios. El médico me ordena ver solo al enfermo y tratarlo. El ciudadano me dice que considere los crímenes de este hombre y lo deje morir para evitar que cometa más.

**Sacerdote** – Usted olvida también al militar, quien debe obedecer órdenes.

**Médico** – Obedecer órdenes... Bajo ese criterio, en los Juicios de Núremberg, solo habría habido absoluciones. Todos afirmaban que simplemente seguían las órdenes de su líder...

**Sacerdote** – ¿Buscaba mi consejo, verdad?

**Médico** – No me comprometí a seguirlo... Pero lo escucho...

**Sacerdote** – Que el médico cumpla con su deber, respetando su juramento. Luego, el militar es libre de no seguir órdenes que considere indignas. Y el ciudadano es libre de rebelarse, entregándose si es necesario a actos de resistencia.

**Médico** – Pero hoy en día, el militar y el ciudadano son impotentes frente a un aparato represivo de una eficacia temible. Solo el médico tiene el poder de poner fin a la dictadura, precipitando la muerte del dictador..

**Sacerdote** – ¿Como médico, se otorga el poder de vida y muerte sobre sus pacientes? ¿Se toma por Dios?

**Médico** – Dado que su Dios permite que un tirano permanezca en el poder, los hombres deben intervenir para derrocarlo de su pedestal.

**Sacerdote** – Pero como médico, está usted investido de una función sagrada, al igual que yo. Todo hombre tiene derecho a ser tratado, sin consideración de sus acciones pasadas, al igual que todo culpable tiene derecho a ser defendido, sin importar sus crímenes.

**Médico** (*irónico*) – Y todo pecador tiene derecho a ser perdonado, sin importar la gravedad de sus faltas, ¿verdad?

**Sacerdote** – Si se arrepiente sinceramente, sí.

**Médico** – ¿Le ha confesado en algún momento el General que se arrepiente de sus crímenes?

**Sacerdote** – Eso también está sujeto al secreto que un confesor debe guardar.

**Médico** – Si se arrepiente, de todos modos, no le impide seguir asesinando impunemente a todos sus opositores. Como director de conciencia, si me permite, parece que no tiene mucha influencia sobre él.

**Sacerdote** – Al igual que usted, los tiranos están convencidos de que están trabajando por el bien del pueblo. Alegan actuar según su fe e incluso a menudo se presentan como defensores de la religión...

**Médico** – Usted no parece estar convencido de eso.

**Sacerdote** – No me corresponde juzgar... Creo en el arrepentimiento y el perdón. Y he elegido servir a Dios.

**Médico** – Y yo a los hombres.

**Sacerdote** – Sí. A todos los hombres. Sin excepción. Médicos, sacerdotes, abogados... somos las únicas personas en las que incluso el peor de los hombres puede tener una confianza absoluta. Esa es nuestra misión. Es una tarea difícil y poco agradecida, pero es esencial. Somos el último bastión contra la barbarie. Y el último recurso para aquellos a quienes todo el mundo ya ha condenado, pero en quienes aún subsiste una chispa de humanidad.

**Médico** – Cierto, pero mientras discutimos, ciudadanos mueren a balazos o bajo tortura.

**Sacerdote** – ¿Y planea salvar a la humanidad mediante el perjurio y el asesinato? ¿Afirmar poner fin a una tiranía empleando los métodos del tirano? ¿Renunciando al juramento que hizo solemnemente ante sus colegas?

**Médico** – Se lo dije. No es una decisión fácil...

*El sacerdote se congela y la luz cambia para una nueva aparte con el público.*

**Médico** (*al público*) – Si fueran médicos, ¿qué harían en mi lugar en una situación así? (*Toma el expediente de su escritorio y lo muestra al público*) ¿Quién envía el expediente a un colega para salvar la vida de este general? Levanten la mano. (*El tiempo necesario para permitir que parte del público levante la mano*) ¿Quién guarda este expediente en un cajón y deja morir a este tirano? Levanten la mano. (*El tiempo necesario para permitir que parte del público levante la mano*). Pero ustedes no son médicos, ¿verdad...?

*La luz vuelve a la normalidad y la acción continúa.*

**Sacerdote** – ¿Está a favor de la pena de muerte, Doctor?

**Médico** – No... En circunstancias normales, no.

**Sacerdote** – Se está a favor o en contra de la pena de muerte. No puede haber excepciones. De lo contrario, pronto solo habría excepciones. La vida es sagrada. Incluso en los países laicos, es en nombre de este principio que se abolió la pena de muerte... Para no negar definitivamente toda humanidad incluso al peor de los criminales... y para afirmar aún la posibilidad, aunque sea mínima, de redención.

**Médico** – Estoy a favor del aborto. Y en ciertos casos de la eutanasia. Como médico, a veces puedo tener que dar muerte. Y por lo tanto, contravenir el juramento hipocrático. Pero ahora le devuelvo la pregunta. ¿Está usted a favor del respeto por la vida en todas las circunstancias?

**Sacerdote** – Como sacerdote, sí.

**Médico** – Entonces, ¿está en contra del aborto, incluso en casos de violación o de embarazo que ponga en peligro la vida de la madre? ¿También está en contra de abreviar el sufrimiento insoportable de una persona para la cual la medicina ya no puede hacer nada?

**Sacerdote** – Como ser humano, no soy insensible al sufrimiento humano...

**Médico** – Entonces, usted también a veces coloca al hombre antes que al sacerdote, para responder a las difíciles preguntas que nos plantea la realidad. En lugar de refugiarse detrás de grandes principios morales que a veces llevan a decisiones inhumanas.

**Sacerdote** – Como sacerdote, no tengo el poder de quitarle la vida a nadie... Pero si un médico me confesara haberlo hecho en circunstancias muy particulares, y se arrepintiera sinceramente, le daría la absolución.

**Médico** – En ese caso, solo tendría que confesarme después de la muerte del General. Para aliviar mi conciencia y la suya.

**Sacerdote** – Por lo tanto, ¿ha tomado su decisión?

**Médico** – Si además, usted se compromete a absolverme.

**Sacerdote** – Está considerando dejar morir conscientemente a un hombre. No puedo absolverlo de antemano.

**Médico** – Después de todo, el General ya es mayor... Solo estaré anticipando su muerte por unos meses. Tal vez unos días... No podemos realmente hablar de asesinato... Digamos que se trata de evitar la obstinación terapéutica.

**Sacerdote** – Está jugando con las palabras. Pero no puedo dejar que cometa tal abominación.

**Médico** – ¿Llegaría a denunciarme?

**Sacerdote** – Es mi deber.

**Médico** – Le recuerdo que está sujeto al secreto de confesión.

**Sacerdote** – Claro, pero hay excepciones a esta obligación de secreto... Si la vida de un hombre está en juego, en particular.

**Médico** – Me confié en usted... Y ahora me dice que el secreto de confesión no es un principio absoluto... Sin embargo, en el pasado, la Iglesia guardó silencio sobre crímenes mucho más abyectos...

**Sacerdote** – Si un hombre me revela su intención de matar a otro, o de cometer un atentado, tengo el deber de informar a la justicia. Incluso según la ley de los hombres, es mi deber absoluto. De lo contrario, sería una omisión de socorro a persona en peligro... Un abogado, si se entera de que su cliente planea un asesinato, está obligado a avisar a la policía. Un médico también, por cierto, y usted lo sabe muy bien.

**Médico** – Pero no voy a matar a nadie. Simplemente dejaré que la naturaleza siga su curso... Dejaré que Dios actúe, por así decirlo.

**Sacerdote** – Invoca a Dios cuando le conviene. Aunque no crea en Él.

**Médico** – ¿Entonces va a renunciar también a su juramento?

**Sacerdote** – Le dije, se trata de salvar una vida. No estoy obligado en este caso por ningún juramento.

**Médico** – ¿Incluso si al denunciarme a la policía de este régimen totalitario, me condena a una muerte segura?

**Sacerdote** – Basta con que haga su deber de médico para escapar a esa condena...

**Médico** – Haré mi deber de ciudadano.

**Sacerdote** – Entonces, no me deja elección...

**Médico** – ¿Está seguro de que será el sacerdote, y no el oficial, quien me denunciará?

**Sacerdote** – Soy sacerdote antes que oficial. Pero soy hombre antes que sacerdote. Y el hombre que soy no le permitirá quitar la vida a uno de sus semejantes.

*El teléfono suena. El médico contesta.*

**Médico** – ¿Sí, Sargento? Escucho... De acuerdo... Entendido... Iré lo antes posible...  
(*Cuelga*) El líder de la oposición acaba de ser encontrado ahorcado en su celda...

*El sacerdote se ve afectado.*

**Sacerdote** – Es espantoso...

**Médico** – Me piden que constate la muerte y certifique oficialmente que se trata de un suicidio. Ve, Padre, el General, en cambio, no duda en matar a sus opositores. Lo hace a plena luz del día. Y yo, como médico forense, tengo que encubrir estos asesinatos como suicidios.

**Sacerdote** – Es una infamia... ¿Usted va prestarse a esta farsa?

**Médico** – ¡Hace un momento quería que simplemente obedeciera órdenes!

**Sacerdote** – Estoy de acuerdo con usted en este punto. Cuando las órdenes son ilegítimas, es un deber desobedecer.

**Médico** – Le dije cómo podría poner fin sin dolor a esta escalada de violencia...

*La acción se detiene y la luz cambia para un nuevo aparte.*

**Sacerdote (al público)** – Al no poder confiar en Dios, necesito su ayuda... Ustedes son sacerdotes. ¿Qué harían en mi lugar? ¿Quién de ustedes denunciaría a este médico, después de haberlo escuchado en confesión, para preservar la vida de un hombre que resulta ser también un despiadado tirano? Levanten la mano. (*Tiempo para que algunos espectadores levanten la mano*) ¿Quién no dice nada y permite que este médico cometa un asesinato al descuidar el tratamiento de su paciente? Levanten la mano. (*Tiempo para que algunos espectadores levanten la mano*) Pero ustedes no son sacerdotes, ¿verdad?

*La luz vuelve a la normalidad y la acción continúa.*

**Sacerdote** – Debo admitir que me siento impotente ante tanta violencia...

**Médico** – Si habla, tendrá mi muerte en su conciencia... Ha visto cómo el General trata a sus opositores. Me encontrarán también ahorcado en mi celda... ¿De verdad va a denunciarme?

**Sacerdote** – No, si me lo impide...

**Médico** – ¿Cómo podría impedírselo?

**Sacerdote** – Matándome también a mí...

**Médico** – ¿Es eso lo que desea?

**Sacerdote** – Le dejo libre de su elección.

**Médico** – ¿Para evitar tener que elegir usted mismo... Quién se cree que es, Padre, ofreciéndose así en sacrificio? ¿Para Jesucristo? Pero su sacrificio no tendría sentido alguno... y no sería útil para nadie.

**Sacerdote** – Jesús se sacrificó para ofrecer a los hombres la posibilidad de una reconciliación. De hecho, ese es el significado mismo de la palabra religión. Conectar a los creyentes entre sí. Y también es el significado de la Eucaristía. La comunión entre todos los hombres...

*Momento de vacilación. El médico parece quedarse sin argumentos.*

**Médico** – En ese caso... La partida está jugada, Padre... Y es hora de la inyección...

**Sacerdote** – Estoy listo.

*El médico prepara la inyección, bajo la mirada del sacerdote.*

**Médico** – No se preocupe, apenas sentirá nada...

**Sacerdote** – Me encomiendo totalmente a usted... como todos sus otros pacientes.

*El médico le administra la inyección.*

**Médico** – ¿Todavía no quiere beber algo?

**Sacerdote** – Ahora me gustaría un vaso de agua.

**Médico** – Se lo traeré...

*El médico sale. El sacerdote ve el expediente en el escritorio. Lo toma, pero no lo abre. El médico regresa con un vaso de agua.*

**Médico** – Ah... Cuidado, Padre, secreto médico...

**Sacerdote** – De todos modos, sería incapaz de interpretar estas imágenes...

*El médico le ofrece el vaso de agua y el sacerdote lo acepta.*

**Médico** – Aquí tiene su vaso de agua.

**Sacerdote** – ¿El último trago del condenado...?

**Médico** – ¿Realmente estaría dispuesto a sacrificarse para evitar sus responsabilidades?

**Sacerdote** – Para evitar mis responsabilidades, no. Para no tener que traicionar mis convicciones, quizás.

**Médico** – ¿No es eso una forma de huir de la realidad para evitar enfrentarla? Me pregunto si no habría sido mejor que fuera monje, después de todo.

**Sacerdote** – Habría sido más fácil, sin duda.

**Médico** – Y todo esto para salvar a un hombre que ha cometido crímenes contra la Humanidad.

**Sacerdote** – Dios se encargará de juzgarlo. O la justicia de los hombres.

**Médico** – Por ahora, la justicia la ejerce él... Y pretende hacerlo en nombre de Dios.

**Sacerdote** – No estoy de acuerdo con esta nueva Inquisición, créame.

**Médico** – Pero usted no ha hecho nada para oponerse... Después de la caída del régimen, podría ser llamado a testificar, ¿sabe? A pesar del secreto de confesión... Se le reprochará haber colaborado.

**Sacerdote** – Sí... A usted también, de hecho... Es el médico personal del General. Y por ahora, no es conocido por ser un opositor ferviente... ¿No es así que busca asegurarse un futuro tranquilo al abandonar el barco justo antes del naufragio... después de dejar que el capitán se ahogue?

**Médico** – Ni siquiera podría pasar por un resistente de última hora, lamentablemente. Habría precipitado el fin del tirano, pero al hacerlo, habría traicionado mi juramento médico, por lo que no podría jactarme de tal hazaña.

**Sacerdote** – Podría asesinarlo a plena luz del día. Con un disparo de pistola. Como oficial, usted posee un arma, y recibe regularmente al General en consulta.

**Médico** – Nunca seré un héroe, temo. Nunca seré como Bruto apuñalando a César ante el Senado reunido. No tengo ese coraje. A diferencia de usted, no tengo el gusto por el sacrificio. De hecho, soy un cobarde.

**Sacerdote** – Por eso este asesinato a escondidas le conviene bien, ¿no es así?

**Médico** – El crimen sin castigo... Pero sin gloria póstuma tampoco.

**Sacerdote** – Respecto al castigo, eso aún está por verse. No será ejecutado por la dictadura por haber asesinado al General, pero tal vez sea condenado por los liberadores por haber colaborado. Como yo...

**Médico** – Ve, para mí tampoco hay una solución buena. Y además, tienes razón. Me lo habré ganado, en el fondo. Al principio, apoyé este golpe de estado. Para escapar del caos. Creí en los beneficios del retorno al orden. Pero cuando es impuesto por los más fuertes a los más débiles, el orden pronto se convierte en un nuevo desorden.

**Sacerdote** – Lamentablemente, tanto el orden como el desorden están a menudo regidos por la ley del más fuerte.

**Médico** – Entonces, ¿qué hacer?

**Sacerdote** – El destino del Hombre es caminar sin mapa en un desierto sin sendero, en busca de un oasis que no existe. Por eso es mejor tener la Fe como compañera de viaje...

*El médico saca la imagen médica del expediente.*

**Médico** – O la iluminación de la ciencia... ¿Sabe qué es la semiología, Padre?

**Sacerdote** – Es el estudio de los signos. El hecho de tener Fe no excluye el interés por la ciencia, Doctor. Y viceversa, también hay creyentes entre los más grandes científicos.

**Médico** – En medicina, la semiología es el estudio de los síntomas que permiten hacer un diagnóstico y, por lo tanto, prescribir un tratamiento. Al final, los médicos son los herederos de los augures de antaño, que pretendían leer el futuro en las entrañas de los animales.

**Sacerdote** – Eran los arúspices quienes en la Antigua Roma leían las entrañas de los animales sacrificados. Los augures interpretaban más bien el vuelo de las aves...

**Médico** – Sea como sea, estos adivinos también son sus predecesores, ¿no?

**Sacerdote** – Sí. Antes hacíamos el mismo trabajo, usted y yo. Fue recientemente que los caminos de la ciencia y la religión se separaron. Para bien y, a veces, para mal...

*El médico saca la imagen médica y la mira.*

**Médico** – Leer los signos... Después de todo, la medicina todavía no es una ciencia exacta... Podría simplemente haberme equivocado... A los ojos de todos, entonces, solo sería un error médico...

**Sacerdote** – Pero usted sabrá que dejó voluntariamente morir a uno de sus pacientes.

**Médico** – Pensaré en todos los que habré salvado.

**Sacerdote** – Como los adivinos de los que hablaba, ¿cree conocer el futuro y tener la capacidad de influir usted solo en el curso de la Historia?

**Médico** – Siempre puedo intentarlo...

**Sacerdote** – ¿Cómo puede estar seguro de que la caída del dictador no será seguida por un baño de sangre? ¿Por una guerra civil? ¿Por una purga a gran escala? Esta dictadura podría engendrar otra. Más sangrienta aún. La Historia nos ha mostrado que a la Revolución puede seguirle el Terror.

**Médico** – Entonces, ¿qué? ¿No hacer nada? ¿No resistir? ¿Incluso cuando uno es un cobarde y tiene la oportunidad de hacerlo sin correr ningún riesgo?

**Sacerdote** – No lo sé...

**Médico** – ¿Usted mismo nunca tiene mala consciencia?

**Sacerdote** – Sí... Pero creo en la palabra dada. En el juramento que ambos hicimos. Cada uno a su manera, pronunciamos votos. Debemos mantener nuestra palabra, pase lo que pase. La ley misma, en su aplicación, a veces es injusta. Pero si no hay ley, no hay civilización. Y sin fe en la palabra dada, no hay Humanidad...

**Médico** – La palabra también puede ser un arma. El dictador es quien dicta. Que impone su propia ley. La ley del más fuerte.

**Sacerdote** – ¿Y aquel que pronuncia una sentencia de muerte, por su propia cuenta, en desprecio de la ley? ¿No se convierte también en un dictador en potencia?

**Médico** – Las leyes están hechas para ser interpretadas. Hay momentos en la vida en los que la muerte de un hombre puede ser la menos mala de las soluciones.

**Sacerdote** – Tal vez hoy. Pero cuando uno mete la mano en este engranaje infernal, ¿está seguro de que no terminará aplastándonos por completo? ¿No es hora de que, individualmente, decidamos romper este ciclo de violencia?

**Médico** – Entonces usted también, como aquel futuro sacerdote, habría salvado a Hitler de ahogarse.

**Sacerdote** – Habría salvado a un niño. No lo habría condenado de antemano. De lo contrario, habría que encarcelar preventivamente a todos los integristas porque podrían convertirse en terroristas. Y encarcelar a todos los creyentes porque podrían convertirse en integristas. Con eso, los que nos gobiernan no tardarían en meter en la cárcel a todos los que no piensan exactamente como ellos...

**Médico** – ¡Pero eso ya sucede con esta dictadura con apariencia de teocracia!

**Sacerdote** – De hecho. Por eso aquellos que la derroquen deben evitar reproducir este sistema mortífero a toda costa.

**Médico** – Lo decía usted mismo hace un momento. Si se sabe que un hombre va a cometer un atentado, ¿no habría que detenerlo?

**Sacerdote** – Pero nunca se puede saber...



**Médico** – Nunca se puede estar seguro, lo concedo... pero a veces es necesario defenderse antes de ser atacado. No es seguro que usted nunca sea contaminado por un virus, y sin embargo acepta ser vacunado.

**Sacerdote** – No se puede comparar a los peores de entre nosotros con virus malévolos que hay que eliminar de antemano, negándoles así toda humanidad. El mal está primero en cada uno de nosotros. Nos corresponde luchar contra él en nosotros mismos, antes de luchar contra él en los demás.

**Médico** – Yo me hago cargo de mi parte oscura. Pero eso no detendrá la mano del asesino dispuesto a golpear.

**Sacerdote** – Hoy en día hay modelos para prever quién se convertirá en un criminal. Nos dicen que son modelos fiables, casi al cien por cien. ¿Deberíamos encerrar a estas personas de forma preventiva?

**Médico** – Bueno, se encierra a los locos peligrosos.

**Sacerdote** – Porque ya no tienen libre albedrío...

**Médico** – Y también se puede provocar un aborto porque una prueba ha mostrado que el niño sería trisómico.

**Sacerdote** – Lo cual plantea la cuestión del eugenismo en general... ¿Deberíamos eliminar al nacer a todos los portadores de un gen de enfermedad? Para que no sean una carga para sí mismos y para la sociedad...

**Médico** – En el caso del eugenismo, no estamos hablando de criminales.

**Sacerdote** – Algunos han afirmado haber identificado un cromosoma del crimen... La ciencia moderna nos devuelve extrañamente a la frenología del siglo XIX, que pretendía detectar defectos congénitos a partir de la forma del cráneo... No estamos lejos de los delirios pseudocientíficos de los locos científicos nazis, que llevaron a exterminios en masa. Con el funesto proyecto de crear una raza superior. ¿No se mide el grado de civilización más bien por el trato dispensado a los más débiles?

**Médico** – Por ahora se trata más bien del destino que debe reservarse al hombre fuerte de este régimen. ¿Realmente cree que el General aún puede enmendarse? Y, además, ¿cuál sería la sinceridad de ese arrepentimiento cuando la multitud ya intenta tomar el Palacio Presidencial...

**Sacerdote** – Será tarea de los tribunales humanos juzgarlo. Planteando la cuestión de su responsabilidad. ¿Cuál es nuestra parte de libertad frente al determinismo? Esa es la cuestión... Si nuestro destino está sellado desde nuestro nacimiento, ya no somos hombres, sino máquinas programadas de antemano. No puedo aceptar vivir en un mundo así... Si piensa que algunos están programados para hacer el mal, como otros para hacer el bien, entonces no hay libertad, no hay responsabilidad y no hay posibilidad de redención. Solo bastaría con separar el grano bueno de la cizaña, científicamente, hasta erradicar definitivamente todas las malas hierbas. ¿No estaríamos entonces en una sociedad totalitaria?

**Médico** – Creo en la libertad. Pero no es total... Uno es más o menos libre para responder a la pregunta, pero la pregunta, nos la imponen. Tomemos el ejemplo de una familia numerosa. Cada niño debe decidir en relación con un mismo contexto. Y cada uno da una respuesta diferente, según lo que es y sus elecciones.

**Sacerdote** – Sí... Cuando uno ha sido víctima de violencia, puede volverse violento o no. Nos determinamos en eso, es cierto. Pero quiero creer en lo que hoy se llama resiliencia.

**Médico** – En efecto. Se decide en función del contexto que nos imponen y de lo que somos. Pero, ¿realmente tenemos elección sobre lo que somos?

**Sacerdote** – ¿Cree que el General estaba destinado a convertirse en dictador? ¿Que no tenía elección? ¿Y saca la conclusión de que deberíamos haberlo eliminado al nacer? ¿Como al joven Hitler, deberíamos haberlo ahogado?

**Médico** – No lo sé... Creo sobre todo que este debate filosófico es un poco vano... Mientras que bajo nuestras ventanas la gente lucha por cambiar el curso de la historia.

*Se escucha un momento en el que se oyen las protestas en la calle y ráfagas de armas automáticas.*

**Sacerdote** – Por ahora, desafortunadamente, como médico y como sacerdote, solo podemos esperar impotentes para saber qué resultará de este enfrentamiento. Además... ¿qué le llevó a convertirse en médico?

**Médico** – Mi padre era cirujano. Uno de mis hermanos es radiólogo y el otro, dentista. Tengo una pesada herencia. ¿Y usted? Supongo que su padre no era monje.

**Sacerdote** – Mi padre era carnicero... No era creyente y no aprobó mi elección de convertirme en sacerdote.

**Médico** – Debe haber estado decepcionado de que no hubiera nadie para continuar con la carnicería familiar...

**Sacerdote** – Un hijo cura... Habría preferido que le anunciara que era gay, creo...

**Médico** – ¿Es hijo único?

**Sacerdote** – Tengo cuatro hermanas. Ninguna de ellas ingresó en un convento, se lo aseguro...

**Médico** – Un padre carnicero... y usted eligió llevar la sotana.

**Sacerdote** – ¿Tiene hijos, capitán?

**Médico** – Tengo un hijo.

**Sacerdote** – Si su hijo fuera un criminal y viniera a verlo, herido, para ser curado, ¿lo dejaría morir?

**Médico** – Probablemente no.

**Sacerdote** – Al convertirme en sacerdote, decidí, como Nuestro Señor, considerar a todos los hombres como mis propios hijos. Comprenderá que no puedo aceptar dejar morir a ninguno, ni siquiera al peor de ellos.

**Médico** – Mi hijo es más valiente que yo. En este momento está en las barricadas. Podría ser asesinado en cualquier momento. También es para salvarlo que quiero acabar lo antes posible con este régimen, y por lo tanto con este tirano.

**Sacerdote** – Pero aún no está escrito. Lo peor nunca está seguro.

**Médico** – Temo que sea más que probable, desafortunadamente.

*Un momento. Nuevo tumulto afuera.*

**Sacerdote** – En cierto sentido, lo compadezco... Debe ser muy triste vivir en un mundo donde la vida de cada uno está determinada de antemano.

**Médico** – Aunque para los criminales, el determinismo es una buena excusa para eximirse de sus responsabilidades. ¿Conoce esta otra historia? Un hombre ve una serpiente atrapada bajo una roca. La serpiente le ruega que la libere prometiéndole no morderlo. El hombre levanta la roca y la serpiente lo muerde. La serpiente se disculpa con el moribundo explicándole que es de su naturaleza matar.

**Sacerdote** – Entonces también es de mi naturaleza no dejar que cometa este crimen.

**Médico** – ¿Hasta el punto de denunciarme, condenándome a una muerte segura?

**Sacerdote** – Si no me deja elección.

**Médico** – No lo hará.

**Sacerdote** – ¿Porque en lugar de inyectarme una vacuna, me ha inyectado un veneno, como esa serpiente de la que hablaba?

**Médico** – ¿Cree que eso hice?

**Sacerdote** – Podría haber dejado morir al General sin contármelo en confesión... Su decisión ya estaba tomada, ¿no? ¿Por qué se confesó conmigo sobre este crimen por venir?

**Médico** – Porque quizás necesitaba aliento... Soy un cobarde, se lo dije. Necesitaba su bendición...

**Sacerdote** – Si realmente me ha inyectado un veneno, sepa que lo perdono... Y entonces también me evitará un problema de conciencia...

**Médico** – ¿Eso es lo que quería, no?

**Sacerdote** – Oraré por usted mientras me quede tiempo de vida...

**Médico** – Probablemente sea la primera vez en la historia que un sacerdote es asesinado durante una confesión, y que absuelve a su asesino inmediatamente después.

**Sacerdote** – Aun así, lamento no haber podido convencerlo...

*Un momento.*

**Médico** – ¿Deberíamos lanzar una cuerda a un tirano que se está ahogando...? Para ahorcarlo, tal vez...

*El teléfono suena. El médico contesta.*

**Médico** – Sí, sargento... Sí... ¿Cuándo? Es terrible, en efecto... Entiendo... De acuerdo... (*Cuelga*) El General acaba de sucumbir a un ataque al corazón...

**Sacerdote** – Dios mío...

**Médico** – Dios no tiene mucho que ver con esto, usted lo sabe...

**Sacerdote** – Pero ahora que su falta está consumada, puedo absolverlo...

**Médico** – ¿En serio?

**Sacerdote** – Si se arrepiente sinceramente.

**Médico** – No me enorgullece en absoluto, en cualquier caso.

**Sacerdote** – Me conformaré con eso... Que Dios, Padre de misericordia, que reconcilió al mundo consigo mismo mediante la muerte y la resurrección de su Hijo, le conceda perdón y paz. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, le perdono sus pecados, que ha confesado, y lo devuelvo a la comunión de la Iglesia. Que el Señor esté con usted.

**Médico** – ¿También me absolverá de haberlo asesinado?

**Sacerdote** – Ya lo he perdonado. Pero para absolverlo, el crimen debería haberse consumado realmente, y yo ya debería estar muerto... Tendrá que buscar otro confesor.

**Médico** – Entiendo...

**Sacerdote** – Pero realmente no me ha envenenado, ¿verdad?

**Médico** – ¿Y usted? ¿Realmente me habría denunciado?

**Sacerdote** – Quién sabe...

**Médico** – En cualquier caso, no morirá de una enfermedad contagiosa... Está vacunado por unos años...

*El sacerdote se levanta para irse. El teléfono suena. El médico contesta.*

**Médico** – Sí, sargento... Gracias por avisarme... (*Cuelga*) Los manifestantes están invadiendo el palacio, pronto tendremos que rendir cuentas de nuestros actos...

**Sacerdote** – Dios nos ayude...

*El médico saca una pistola de un cajón y la coloca sobre su escritorio.*

**Médico** – Ayúdate a ti mismo... y el Cielo te ayudará.

**Sacerdote** – ¿Contra quién planea usar esa arma, capitán? ¿Contra sus compañeros de ayer o contra sus amigos de hoy, que probablemente no lo consideran uno de los suyos?

**Médico** – Ya veremos, Padre. Por ahora se trata de salvar nuestra piel. No nos quedemos aquí...

*Se levantan para irse.*

*Negro.*

**Fin.**

## El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque ([comediatheque.net](http://comediatheque.net)). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

## ***Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español***

### **Comedias para 2**

Cara o Cruz  
Cuidado frágil  
El Joker  
El Último Cartucho  
Ella y El  
Encuentro en el andén  
EuroStar  
La ventana de enfrente  
Los Náufragos del Costa Mucho  
Ni siquiera muerto  
Nochevieja en la morgue  
Preliminares  
Zona de Turbulencias

### **Comedias para 3**

13 y Martes  
Crash Zone  
Cuidado frágil  
El Contrato  
Ménage à 3  
Plagio  
Por debajo de la mesa  
Un breve instante de eternidad  
Un pequeño asesinato sin consecuencias  
Un pequeño paso para una mujer, un salto  
hacia atrás para la Humanidad...

### **Comedias para 4**

Amores a Ciegas  
Apenas un instante antes del fin del mundo  
Cama y Desayuno  
Crisis y Castigo  
Cuarentena  
Cuatro Estrellas  
Denominación de Origen no Controlada  
Después de nosotros el diluvio  
El cuco  
El olor del dinero  
El yerno ideal  
Foto de Familia  
Gay friendly  
¿Hay algún autor en la sala?  
¿Hay algún crítico en la sala?  
Regresso a la escena  
Strip Póker  
Un Ataúd para Dos  
Un Matrimonio de cada dos  
Una Noche infernal

### **Comedias para 5 o 6**

Bien está lo que mal empieza  
Crisis y Castigo  
El Rey de los Idiotas  
Flagrante delirio  
Nochebuena en la comisaría  
Pronóstico Reservado  
Sin flores ni coronas

### **Comedias para 7o más**

A corazón abierto  
Bar Manolo  
Batas blancas y humor negro  
¡Bienvenidos a bordo!  
Como una película de Navidad...  
Crisis y Castigo  
Dedicatoria especial  
El infierno son los vecinos  
El pueblo más cutre de España  
Error de la funeraria a tu favor  
Jaque Mate  
La función no está cancelada  
Había una vez un barco chiquitito  
Milagro en el Convento de Santa María-  
Juana  
Nochebuena en la comisaría  
Prehistorias grotescas

### **Comedias de sainetes (sketches)**

A corazón abierto  
Aviso de paso  
Breves del Tiempo Perdido  
Ella y El, Monólogo Interactivo  
Escenas callejeras  
Memorias de una maleta  
Muertos de la Risa

### **Monólogos**

Como un pez en el aire

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio [comediatheque.net](http://comediatheque.net)

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.  
Toda falsificación es punible con condena de  
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Marzo de 2024

ISBN 978-2-38602-175-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.